



Florisel de Niquea

PARTES I-II

FELICIANO DE SILVA

Prefacio de
ANNA BOGNOLO

Edición de
LINDA PELLEGRINO

Revisión del texto
MARÍA CODURAS BRUNA



Universidad
de Alcalá

SERVICIO DE PUBLICACIONES

✻ 2015 ✻

El autor del *Florisel de Niquea*, Feliciano de Silva, se consideró el único heredero legítimo de Rodríguez de Montalvo y se apoderó casi totalmente de la serie de *Amadís de Gaula*. Hizo caso omiso de continuaciones discrepantes y condenó duramente a los escritores que manifestaron la intención de encaminar el ciclo por otros derroteros. Esta actitud se manifiesta ya al comienzo de su carrera, en el violento ataque al *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz, la octava entrega del ciclo (1526) que, en su opinión, “fuera mejor que feneciera en las manos de su autor y fuera abortivo, que no que saliera a luz a ser juzgado y a dañar lo que en esta gran genealogía escrito [está]”. La misma postura se aprecia más adelante, en su oposición al libro duodécimo, el *Silves de la Selva* (1546), con que Pedro de Luján le contendía el momento conclusivo de la saga, libro que acusa de apócrifo por la inverosimilitud de los personajes, y de ajeno al “el estilo y frasis de Galersis, [el sabio] que tan gran historia escribió”. Su orgullo de haber sido el escritor que dio forma a los libros de Amadís es vehemente.

El *Florisel de Niquea* (1532: propiamente las primeras dos partes) se encuentra justo en medio del vasto corpus narrativo que Feliciano de Silva planeó y concluyó en cuarenta años de escritura caballeresca, mientras tejía las larguísimas tramas que entrelazaban en amores, viajes y desafíos las ajetreadas vidas de sus numerosos personajes.

Antes del *Florisel*, Silva publicó el *Lisuarte de Grecia* (1514) y el *Amadís de Grecia* (1530) con su intrincada máquina de raptos misteriosos, trayectos marinos, reinos legendarios (Saba y Trapesonda), asedios y socorros a Constantinopla, magos y magas poderosas, embarcaciones mágicas tripuladas por simios misteriosos, espadas maravillosas que rompen rocas y encantamientos, o espléndidas arquitecturas prodigiosas cada vez más complejas y espectaculares (Torre del Universo). No faltan las luchas contra gigantes, las profecías y los sueños reveladores, los escudos, las fuentes, los espejos y las esferas que reflejan mágicamente el pasado y el presente amoroso de los personajes. Un mundo pagano enemigo emerge de una constelación de reinos orientales imaginarios aderezados con un exotismo de cinocéfalos, sagitarios y salvajes, un universo plagado de guerras que acaban en alianzas y conversiones, mientras adquieren protagonismo bellísimas amazonas y doncellas guerreras determinadas a no rendirse en batalla, pero fácilmente presas por amor.

Después del *Florisel*, aparecerán las partes *Tercera* (1535, el así llamado *Rogel de Grecia*) y *Cuarta* (1551) del mismo ciclo de los *Floriseles* con sus enérgicas inyecciones de mito griego (Rodas, Colcos, Dardania, la Isla Atrida) y con sus injertos de Arcadia cortesana

evidente en las églogas, la presencia del teatro, la música y el disfraz pastoril. Las complicaciones de las intrigas amorosas, debidas no solamente a la indecisión de Amadís de Grecia (vacilante entre Niquea y Lucela) sino a la discontinuidad erótica de Florisel y a la alegre infidelidad de Rogel, favorecen el uso cada vez más amplio de engaños y equívocos fundados en la ocultación y en el cambio de identidad. Al humor sofisticado de los mores, las gracias y las burlas cortesanas, se añade la comicidad del burlador por excelencia, Fraudador de los Ardides, que se mofa de los caballeros más encumbrados al humillarlos robando impunemente sus cabalgaduras. Ahora, las vertientes bélica, sentimental y maravillosa se vinculan al ámbito cortesano para alimentar la diversión de la corte. La magia y el amor, dentro de la ficción, sirven de pasatiempo y espectáculo para damas y caballeros y, a la vez, fuera de ella, los lectores se entretienen fascinados por las representaciones de ceremonias, las éfrasis de monumentos y pinturas, los torneos, los cortejos y entradas triunfales con descripción detallada de vestimentas y atuendos, y las simbologías de los colores y de las armas. La pátina de clasicismo se sobrepone a un cimiento tardogótico con resabios a novela sentimental, tradición nunca apagada durante el siglo XVI, a juzgar por las reimpresiones de la *Cárcel de amor* en España e Italia.

A estas alturas, está demostrado que Feliciano de Silva no sólo prolongó la saga de Amadís, sino que introdujo transformaciones y experimentó con nuevas estructuras narrativas y mezclas innovadoras con otros géneros, dando entrada en sus libros a personajes, temas y motivos de origen y sabor muy diferente, en un sincretismo de tradiciones en que triunfan rasgos de lo maravilloso, cada vez más decorativo y espectacular. Además, sus novelas muestran su afán de experimentación al enriquecer los textos con materiales heterogéneos tales como digresiones, diálogos didácticos e insertos poéticos (ante todo canciones y romances, más adelante también sonetos y epigramas). Incluso sin tener en cuenta la *Segunda Celestina*, sino solamente su obra caballeresca, se puede afirmar que Feliciano de Silva logró incorporar al crisol de la novela temas y estructuras variadas y novedosas, destinadas a remozar el género adaptándolo a los tiempos del Emperador.

En lo que atañe concretamente al *Florisel de Niquea* (I-II), la novela contiene un universo caballeresco de batallas, encantamientos y amores, en el que los héroes acaban complicadas aventuras (el Castillo del Espejo de Amor, el Infierno de Anastárax, la Tienda y Contienda de los Cuatros Hermanos, el Castillo de las Maravillas de Amor, la Casa de los Heridos de Amor) y luchan contra gigantes crueles (con nombres tan sonoros como Furior Cornelio, Alastradolfo y Brugiante Cinofal). Con la ayuda de los magos más poderosos, Urganda, Alquífe y Zirfea, los protagonistas deshacen el gran encantamiento de la Torre del Universo, liberando a los príncipes cristianos, mientras los magos conducen a los héroes a su destino interpretando profecías y sueños alegóricos. Se intercalan composiciones poéticas, descripciones de personajes y batallas, rápidos diálogos casi teatrales y largos parlamentos en el peculiar estilo del autor, propenso a unos excesos formales de cuño cancioneril. Se advierten nuevas tendencias que se desarrollarán cumplidamente en los libros siguientes, como la incidencia de viajes marítimos con tormentas, separaciones y agniciones; la ingeniosidad de los engaños amorosos (Arlanda, Sidonia) y de los equívocos

e intercambios de identidades (Florisel y Alastaxerea; Moraizel); y, sobre todo, la inserción de argumentos pastoriles (la historia del pastor Darinel, Florisel y Silvia) y del uso del humor en la caracterización de los personajes.

La edición de Linda Pellegrino, resultado de sus investigaciones durante el Doctorado en Letterature comparate e Scienze della Letteratura en la Universidad de Verona, pone por primera vez a disposición del público lector este libro rebosante de imaginación y de nuevas propuestas para la futura novela moderna. Linda Pellegrino pone en evidencia la función estructuradora del protagonismo múltiple derivado del ciclo palmeriniano, que funda la intriga en la alternancia de secuencias narrativas centradas en los encuentros y desencuentros de los héroes. La duplicación de varios esquemas formularios dilata e intensifica los acontecimientos en un fantasmagórico juego pirotécnico de sorpresas sucesivas que alimentan la expectativa del lector y no dejan nunca aflojar la tensión. La guerra devastadora desencadenada por el amor entre Helena y Florisel resucita ecos clásicos y consigue una dimensión épica, ofreciendo, a la vez, la ocasión de lucir armas y colores, diálogos y arengas, técnicas de asedio y largas reseñas de ejércitos de exóticas reinas guerreras, del Cáucaso, de Sarmacia y de Hircania, que pueden entrar en batalla con once mil amazonas, en carros tirados por unicornios y acompañados por elefantes.

Feliciano de Silva fue un escritor admirado y amado por lectores de toda Europa, cuyo enrevesado virtuosismo lingüístico solicitaba las críticas de Diego Hurtado de Mendoza, las maldiciones del cura (que quemaría a la reina Pintiquinestra) y el entusiasmo de Don Quijote ("la razón de la sinrazón"). Mientras su ironía se abate sobre el vistoso estilo del autor, Cervantes no deja de celebrarlo como el más amado por el Caballero de la Triste Figura y por los lectores de libros de caballerías del siglo XVI. Los frutos de la fértil imaginación de Feliciano de Silva, como las invenciones de la Gloria de Niquea y de la Torre del Universo, las bucólicas de Darinel y Silvia o los engañosos disfraces de Nereyda, Daraida y Garaya, se imprimieron de manera indeleble en la memoria de los lectores y su obra continuó la trayectoria en el teatro, ofreciendo materia para muchas comedias del teatro clásico español.

ANNA BOGNOLO

INTRODUCCIÓN



Notas sobre el autor

La investigación reciente sobre los libros de caballerías, al tiempo en que rehabilitaba un género arrumbado en los rincones de la historia literaria durante siglos, ha venido resaltando la parte activa de Feliciano de Silva en la conformación del género caballeresco hispánico. A estas alturas, ya estamos lejos del descrédito de su labor literaria que aparentemente Cervantes, con la sagacidad de su sátira contra protagonistas y episodios de sus libros de caballerías, acabó por forjar en torno al escritor, ofuscando su fortuna literaria mientras predestinaba al olvido un género entero. A la luz de una nueva interpretación de las invectivas cervantinas, los estudiosos modernos coinciden en apreciar a Feliciano de Silva como el escritor más paradigmático, prolífico e innovador de la narrativa caballeresca; no en vano, es el único autor del género mencionado en el *Quijote*, lo cual posiblemente hizo que sobreviviera en la memoria de un público lector atento, además de testimoniar cómo, ya por entonces, su fama estuviera bien consolidada.

Los primeros estudios modernos sobre el autor se pusieron en marcha a partir del interés por su biografía. Al abrirse camino esta línea de investigación, hacia los años veinte del siglo pasado, varios aspectos de su vida empezaron a delinearse gracias a la documentación legal de testamentos y pleitos conservados que implicaban a varios miembros de la familia Silva. No obstante, se trata de noticias escasas y confusas, por ello la vida del escritor sigue envuelta en suposiciones que solo participan en el esbozo de su semblanza. A continuación se comentarán estos documentos.

Feliciano de Silva nació, vivió y fue enterrado en Ciudad Rodrigo, una rica ciudad en la que en la época se respiraba un lúdico clima caballeresco, al ser su Plaza Mayor teatro de torneos, juegos de cañas y corridas de toros¹. Por tanto, no es difícil imaginar que, de esta atmósfera, el escritor extrajera cuantiosas situaciones que a buen seguro inspirarían sus sagas caballerescas. No existen testimonios sobre su fecha de nacimiento, que la crítica suele situar entre 1480 y 1492², pero sí sabemos que murió el 24 de junio de 1554, según reza su testamento. Pertenecía a una familia ilustre empeñada en la vida pública mirobrigense ya desde generaciones atrás. Siguiendo el camino del padre y del abuelo, Feliciano participó activamente en el gobierno de la ciudad: fue regidor de Ciudad Rodrigo y ocupó diversos oficios municipales, como el de representante en los actos eclesiásticos, el

¹ Marín Pina, 1991: 118.

² Cotarelo y Mori, 1926: 132-137; Alonso Cortés, 1933: 384; Cravens, 1977: 22; Marín Pina, 1991: 119; Jiménez Ruiz, 1997: 123; Sales Dasí, 2002: IX.

de árbitro en los tribunales y el de experto en prácticas testamentarias. Un juramento de 1520 obligaba a su destitución del cargo de regidor, lo que lleva a conjeturar que debió de tomar parte activa en la Guerra de las Comunidades (1520-1523), en un principio al lado de los comuneros, sucesivamente alineándose con Carlos V³.

En cuanto a su formación cultural, no ha podido constatarse que estudiara realmente en la Universidad de Salamanca, según lo que su padre se apresuró a declarar en su testamento⁴; es esta una hipótesis que la crítica suele avalar, suponiendo que el clima intelectual de la prestigiosa Universidad salmantina pondría el autor en contacto con las principales tendencias literarias del momento, orientando significativamente su afición por la narrativa caballeresca⁵. De todas formas, que Feliciano fuera un hombre de letras y un lector apasionado, bien se desprende del inventario de sus bienes que incluye, entre pocos indumentos y unos cuantos muebles, «vna arca llena de libros en romanze y en latín»⁶. Precisamente la escasez de este inventario, junto a la temprana venta de unas propiedades heredadas del padre en 1507, concurren a fomentar hipótesis sobre los apuros económicos que afligirían al escritor mirobrigense durante su vida⁷. Pero parece más plausible suponer que cierta precariedad lo hubiera impulsado a embarcarse rumbo al Nuevo Mundo, en línea con lo que apunta M.^a Carmen Marín Pina basándose en los informes de F. Sierro Malmierca. En efecto, el nombre de Feliciano de Silva figura en unos documentos —un contrato de fletamiento y un requerimiento— que guardan relación con la expedición de 1514 de Pedro Arias Dávila al Darién, en el istmo de Panamá; y esto a pesar de que no esté registrado en la *Historia general y natural de las Indias* de Fernández de Oviedo, ni tampoco se mencione en el registro de pago al personal del Darién. Según F. Sierro Malmierca, antes de embarcarse, Feliciano encargó la publicación de su *Lisuarte de Grecia* (1514) a su hermano, el canónigo Juan de Silva, continuo del arzobispo de Sevilla Diego de Deza, a quien se dirige la obra⁸.

Igualmente imprecisas se nos transmiten ciertas informaciones referentes a la vida conyugal de Feliciano de Silva, principalmente relativas a su esposa, Gracia Fe, con la que el escritor contrajo matrimonio hacia 1520. Al parecer se trató de una unión muy controvertida, debido a los rumores que corrían alrededor de los orígenes conversos de la mujer, rumores que quizás le pudieran costar la exclusión de la Orden de Santiago a Fernando de

³ Luis Fernández, 1977: 329-330; Martín Lalanda, 1997: XII; Sales Dasí, 2002: X. En su testamento Silva hace referencia a un servicio de dos años que prestó al emperador y que dispuso cobrasen sus herederos: «yten mando que se cobren de su magestad dos años de mi servicio que me deve». Cfr. Cortés, 1933: 393. Según Cravens, una prueba más de su participación en los conflictos de la Guerra de las Comunidades cabría en la dedicatoria a María, hija de Carlos V, de la *Cuarta Parte del Florisel* (1551), en la que Silva menciona la victoria del rey en Villalar (1521) contra los comuneros, con detalles tan vívidos que se puede suponer una colaboración activa del escritor. Cravens, 1977: 23-24.

⁴ «Y los otros que mi hacienda rrentare se gaste con mis hijos para que aprendan en Salamanca». Cfr. Cortés, 1933: 387.

⁵ Cortés, 1933: 387; Cravens, 1977: 22-23; Sales Dasí, 2002: X. Además, no es de menos recordar que en Salamanca estaban viendo la luz unas de las obras más representativas de los géneros en voga: *La Celestina* (1499) de Fernando de Rojas, el *Cancionero* (1496) de Juan del Encina, el *Amadís de Gaula* (1508), el *Palmerín de Olivia* (1511) y el *Primaleón* (1512).

⁶ Cortés, 1933: 396.

⁷ Cortés, 1933: 393; Cravens, 1977: 29; Hernandez Vega, 1982: 104-104; Jiménez Ruiz, 1997: 123-124.

⁸ Para una visión más detallada remito a los trabajos de Marín Pina, 1991: 118-120 y de Jiménez Ruiz, 1997: 123.